

EDWARD SEXBY

(BAJO EL SEUDÓNIMO DE WILLIAM ALLEN)

Matar no es asesinar

*Brevemente examinado
en tres cuestiones*

Traducción del inglés de
DIEGO LUIS SANROMÁN

ÍNDICE

NOTA DE PRESENTACIÓN, 7

A su Alteza Oliver Cromwell, 17

*A todos los oficiales del ejército que aún
recuerdan sus compromisos y osan conducirse
como hombres de honor, 21*

LAS TRAZAS DEL TIRANO, 37

¿ES LÍCITO MATAR A UN TIRANO?, 45

... Cortés lector, 85

Killing no Murder ;

Briefly Discourfed in

Three QUESTIONS.

By *WILLIAM ALLEN.*

*And all the People of the land rejoiced, and the City was quiet, after that they had slain Athaliah with the sword. 2 Chron. 23. 21.
Now after the time that Amaziah did turn away from following the Lord, they made a conspiracy against him in Jerufalem, and he fled to Lachish ; but they fent to Lachish after him, and flew him there. 2 Chron. 25. 27-*



Reprinted in the Year, 1689.

NOTA DE PRESENTACIÓN

Atribuida a GUY DEBORD

(Julio de 1980)

EL PANFLETO DE SEXBY es uno de los textos más famosos producidos por la revolución inglesa que tuvo lugar entre 1640 y 1660. Es, tras las obras de Maquiavelo, La Boétie y algunos otros, un clásico de la crítica de la dominación. Su originalidad radica, en primer lugar, en el hecho de estar explícitamente dirigido, al contrario que sus precedentes, contra un tirano con nombre y apellidos, al que se incita a dar muerte sin contemplaciones y por cualquier medio disponible; y, por otro lado, en el hecho de que ese tirano particular es el prototipo de la línea principal del jefe del Estado moderno ilegítimo, del *recuperador* que ha establecido su poder reprimiendo una revolución social cuya dirección había asumido en un principio. En este sentido, el breve reinado de Cromwell prefigura a la vez los de

Robespierre o Lenin y los de sus sucesores, perpetuamente inseguros, tanto Bonaparte como Stalin y sus vástagos.

Killing no murder, impreso en los Países Bajos en 1657, mezcla los más certeros análisis de Maquiavelo (imputados hábilmente, por otro lado, y no sin razón, al enemigo por abatir como sus únicas guías de conducta) con ese lenguaje bíblico que caracterizó a la revolución burguesa en Inglaterra, del mismo modo que después el estilo de los «romanos resurrectos» habría de convertirse en la marca de la gran Revolución francesa. El tono de este panfleto se encuentra en el origen de toda una corriente de la literatura inglesa posterior, la única que no conoce equivalentes en el extranjero, que va de Swift a Junius, y que también llega sin duda, transformada en un ejercicio de humor estético, hasta el Thomas de Quincey de *El asesinato considerado como una de las bellas artes*. Sexby fue traducido al francés en 1658 por Carpentier de Marigny, un frondista de la banda del cardenal de Retz, que también se encontraba en el exilio tras su evasión de la cárcel de Nantes y que estimaba oportuno aplicar a Mazarino el mismo razonamiento que condenaba a Cromwell. En Francia, *Matar no es asesinar* se reimprimió después de 1793, y de nuevo en 1804, aunque la policía de Bonaparte sequestró de inmediato la edición. El texto apareció más

tarde en sendas antologías, sin que sufriera percance alguno: *Les Apologistes du Crime*, de Charles Détré (París, 1901), y *Des Révolutions d'Angleterre à la Révolution française*, de Olivier Lutaud (La Haya, 1973).

Ciertamente puede afirmarse que un libro que trata de la relación natural entre el ciudadano y el tirano ha perdido gran parte de su actualidad con los recientes progresos de la sociedad mundial, debido a la desaparición casi completa del ciudadano. Pero también cabe pensar que compensa tal pérdida, y con creces, debido a la proliferación cancerosa de la tiranía; esta tiranía de hoy, tan insolentemente superdesarrollada que muy a menudo puede incluso otorgarse el título de Protectora de la Libertad; tan minuciosamente impersonal, y que con tanta facilidad se encarna en la persona de una única vedete del poder; esta tiranía que elige cómo deberán cuidarse sus súbditos y, al mismo tiempo, qué enfermedades deberán contraer; que fija el triste modelo de su hábitat y el grado exacto de la temperatura que deberá imperar en él; la apariencia y el sabor para que guste una fruta, y la dosis conveniente de química que habrá de contener; y que, en fin, se ha dotado del poder de desafiar una verdad tan resplandeciente como el mismo sol, y hasta el testimonio de vuestros pobres ojos, al obligaros a admitir que sin duda es mediodía a las diez de la mañana.

Matar no es asesinar

«Y todo el pueblo de la tierra se regocijó, y la ciudad estuvo en reposo, habiendo sido Atalía muerta a espada junto a la casa del rey» (2 Reyes 11, 20).

«Desde el tiempo en que Amasías se apartó de Jehová, empezaron a conspirar contra él en Jerusalén; y habiendo él huido a Laquis, enviaron tras él a Laquis, y allí lo mataron» (2 Crónicas 25, 25-27).

A su Alteza Oliver Cromwell:

Con la venia de su Alteza:

El siguiente escrito habrá de dar cuenta a su Alteza del modo en que empleo esas horas de holganza que ha tenido a bien concederme. Cómo habrá de interpretarlas es algo que desconozco, pero sí puedo decir con confianza que mi intención ha sido la de procurar a su Alteza esa justicia que ningún otro le hace, y la de hacer ver al pueblo que cuanto más la difiere más grande es el daño que se inflige a sí mismo, y también a vos. El honor de morir por el pueblo le corresponde mercedamente a su Alteza, y no puede sino suponer un inefable consuelo para vos, en las últimas horas de vuestra vida, considerar cuán provechoso será para el mundo que lo abandonéis. Solo entonces, Señor, los títulos que ahora usurpáis serán verdaderamente vuestros. Solo entonces seréis, en verdad, el libertador de vuestro país, pues lo emanciparéis de una esclavitud apenas inferior a aquella de la que Moisés liberó al

suyo. Solo entonces os convertiréis en ese reformador por el que deseáis que se os tome. Entonces quedará restablecida la religión y reivindicada la libertad, y los parlamentos gozarán de esos privilegios por los que combatieron.

Esperamos que entonces rijan otras leyes que la de la espada y que la justicia no se defina ya como la voluntad y el capricho del más fuerte; y que los hombres se atengan a sus juramentos y no se vean en la necesidad de ser falsos y pérfidos para preservar sus vidas y asemejarse así a sus gobernantes. Y todo esto lo esperamos de la feliz expiración de su Alteza, que es nuestro verdadero padre y el padre de la patria; pues mientras vos sigáis con vida, nada hay que podamos llamar nuestro, y por eso depositamos en vuestra muerte la esperanza de poder cobrarnos la herencia. Que esta consideración arme y fortifique el alma de su Alteza contra los temores de la muerte y los terrores de vuestra mala conciencia, pues el bien que haréis con vuestra muerte en cierto modo compensará los males de vuestra vida. Y, si en el negro catálogo de los grandes malhechores pocos pueden hallarse que hayan contribuido con sus vidas al infortunio y la turbación de la humanidad tanto como su Alteza, vuestros mayores enemigos tampoco podrán negar que son pocos aquellos cuya muerte haya aprovechado tanto al géne-

ro humano como la vuestra. Apresurar la llegada de este enorme bien ha sido el fin principal de mi escrito; y si tiene el éxito que le auguro, bien pronto su Alteza se encontrará fuera del alcance de la malicia de los hombres, y vuestros enemigos ya no podrán herir más que vuestra memoria, pero con unos golpes que ya no sentiréis. Es la aspiración universal de vuestra agradecida patria que su Alteza pueda disfrutar prontamente de esta seguridad. Y tales son también los deseos y plegarias de buenos y malos, pues acaso sea esto lo único en que concuerdan la devoción y las oraciones de todas las sectas y facciones. Mas, entre todos aquellos que incluyen entre sus demandas y súplicas para su Alteza la pronta liberación de todos sus pesares terrenales, no hay ninguno más asiduo ni más ferviente que aquel que, con el resto de la nación, tiene el honor de ser,

con la venia de su Alteza,
de su Alteza el presente esclavo y vasallo,
W. A.

*A todos los oficiales del ejército que
aún recuerdan sus compromisos y osan
conducirse como hombres de honor*

DE TODO CORAZÓN DESEO, por amor a Inglaterra, que vuestro número sea mayor de lo que me temo es, y que las continuadas purgas de su Alteza hayan dejado entre vosotros algunos a los que conciernan los caracteres de esta dedicatoria. Vuestras acciones y vuestros insustanciales sufrimientos muestran bien a las claras que, a mí y a cualquier otro, nos sobran los motivos para dudar de ello. Pues acaso vosotros, que fuisteis los campeones de la libertad y que fuisteis reclutados para tal propósito, ¿no os habéis convertido en los instrumentos de nuestra esclavitud? ¿Y vuestras manos, que el pueblo empleó para quitarse el yugo de la cerviz, no son las mismas que ahora se lo ponen encima? ¿Recordáis que fuisteis reclutados para defender los privilegios del Parlamento, y que jurasteis hacerlo? ¿Se os empleará, pues para forzar las eleccio-

nes y disolver los parlamentos porque estos se niegan a establecer como ley la iniquidad del tirano y vuestra esclavitud? Os ruego que penséis en lo que habéis prometido y en lo que hacéis, y que no deis ocasión ni a la posteridad ni a vuestra descendencia para recordaros con infamia y maldecir ese infortunado valor, y todos vuestros logros, que no han hecho sino cosechar victorias (tal como os servís de ellas) contra la República. ¿Alguna vez habría imaginado Inglaterra que ese ejército al que siempre acompañaban los títulos de religiosidad, entrega, fidelidad y coraje —la defensa de la libertad dentro de sus fronteras y el terror de sus enemigos fuera de ellas— se convertiría en su carcelero? ¿Que sería no ya su guarda, sino su opresor? ¿Que sus soldados dejarían de serlo para transformarse en los verdugos del tirano, que arrastran al tajo o al cadalso a todos aquellos que osan superarlos en honestidad? Eso es lo que hacéis y eso es lo que sois; y no podréis restablecer vuestro honor, ni la confianza y el amor de vuestro país, ni la estima de los hombres valerosos o las plegarias de los bondadosos, a menos que mostréis prontamente al mundo que habéis sido engañados; lo que solo creará cuando vea que os cobráis venganza sobre la desleal cabeza de aquel que os embaucó. Si lo diferís en demasía, descubriréis que ya es demasiado tarde para intentarlo, y que vuestro arrepentimiento no

podrá ni resarciros ni ayudaros. Haceros ver que lo podéis llevar a cabo como una acción legítima y presentároslo como una acción gloriosa, tal es la principal intención del siguiente escrito. Y sea cual fuere el efecto que tenga en vosotros, no habré fracasado del todo en mis propósitos, pues aunque no despierte ni vuestra virtud ni vuestro valor, al menos servirá para reprobear vuestra cobardía y vuestra bajeza.

Esto viene de alguien que en otro tiempo se contó en vuestras filas, y que volverá a hacerlo cuando oséis ser como fuisteis.

NO ES COSA DE ambición querer que lo impriman a uno cuando tan pocos son los que hoy se privan del papel y de la prensa; ni han sido tampoco apremios de malicia o de venganza personal (aunque pocos de los que osan ser honestos quieran ahora sus motivos) los que han prevalecido para convertirme en el autor de un panfleto y perturbar así esa tranquilidad de la que gozo en el presente gracias al gran favor e injusticia de su Alteza. Tampoco ignoro lo poco provechosos que habrán de serme el tiempo y las fatigas que les conceda a este escrito. Pues pensar que alguna de mis razones, o de mis persuasiones, o de sus propias convicciones, pueda alejar a los hombres de alguna cosa en la que encuentren beneficios y seguridad, o los acerque a aquello en lo que teman hallar alguna pérdida o algún peligro, es tener mejor opinión, tanto de ellos como de mí, de la que ambos merecemos.

Además, el asunto mismo es de tal naturaleza que debo no solo aguardar la amenaza de los malvados, sino también la censura y el repudio de muchos hombres

buenos; pues estas opiniones, vistas solo desde fuera, y no a fondo (para lo cual no todo el mundo tiene ojos), se antojarán sangrientas y crueles; unos apelativos que he de esperarme, por cierto, de aquellos a cuyo fervor no acompaña el intelecto. Así pues, de haber pensado solo en mí mismo, me habría ahorrado no pocas penurias y no habría disgustado a muchas gentes para complacer a los pocos hombres sabios y honrados que en el mundo son. Pero en un tiempo como este, en el que Dios no solo nos somete a las desgracias habituales y ordinarias, dejándonos caer en la esclavitud por hacer un tan mal uso de nuestra libertad, sino que además se complace en cegar nuestros entendimientos y envilecer nuestros espíritus hasta sufrir que le hagamos la corte a nuestra servidumbre y la incluyamos entre los ruegos que a Él le dirigimos, la indignación hace que un hombre rompa ese silencio que la prudencia le recomendaría guardar, si no para agitar las conciencias de los otros, sí al menos para tranquilizar la suya.

Un panfleto reciente nos refiere el descubrimiento de un gran plan urdido contra la persona de su Alteza, y cómo el Parlamento (pues así profana su nombre esta camarilla) acabó por congratularse de que su Alteza felizmente se librase de tan pérfida y sangrienta tentativa. Aparte de eso, también relata que se hizo befa de Dios Todopoderoso ordenando un día de acción de